

INQUILINOS

A mi padre

Pensaba: "Si tuviera una grabadora, registraría el sonido de los trenes al pasar por la estación". Nunca lo hice, pero ahora sé que no hacía falta: la memoria lo ha guardado bajo llave y, cuando bajo con Jorge y me siento con él en el banco, giro la llave en la cerradura y vuelvo a ser ese niño que deseaba tener una grabadora. Cuando las vías tiemblan, como una mujer que pronto será madre y aguarda sufriendo a su hijo, y los vagones desfilan ante nosotros - fugaces o flemáticos, una bengala con decenas de ojos, ese bebé que presiente ya la luz-, veo a mi padre fumando junto a mí, antes de que una bala lo matara en aquella estación.

Era un pueblo de playa, y a mis doce años espiaba con los prismáticos a la vecina del bloque de enfrente, una muchacha rubia y pálida que pasaba las tardes sentada en la terraza, con su gorra de visera y su camiseta blanca. Ella sabía que yo la miraba. Era algo mayor, y creo que le divertía. Todavía no salíamos a bailar, no teníamos edad, y esa distancia de unos pocos metros era, sin la coartada de la música, sencillamente insalvable. Para reducirla, me servía de todo mi ingenio, que no era muy afilado: me ponía una gorra de visera o una camiseta blanca o aparecía con un globo si veía que ella jugaba con otro. Tenía que fijarse, tenía que agradecer esos signos que nos acercaban y nos hacían iguales.

En los otros apartamentos, no había nada que mirar. En el piso tercero -mi "novia" vivía en un segundo-, dos viejos pasaban las horas muertas frente al

televisor, viendo concursos necios pero aparentemente frescos e inofensivos. Y estaba el piso misterioso, en la esquina del cuarto, que tanto inquietaba a mi padre: la luz siempre estaba encendida -incluso a las tres o las cuatro de la mañana-, pero, cuando nos levantábamos, alguien la había apagado. Nunca descubrimos a nadie, ni una sombra tras la cortina. Mi padre hacía guardia hasta que no podía más, y por las mañanas solo podía constatar su renovado fracaso. "¿Quién vivirá ahí?", preguntaba a mi madre, en la cocina. "¿Melchor, Gaspar o Baltasar?", bromeaba. "Anda, deja de preocuparte por la vida de los demás, y haz la ensalada o ve poniendo la mesa". Mi madre hablaba poco, y siempre lo hacía con tacto; ella lo decía todo con la mirada.

Era verano, vivíamos como embotados. Aparte esas vanas distracciones, no había nada que hacer en el pueblo. Por las mañanas, bajábamos a la playa. Fue el año en que empecé a leer libros, novelas de Agatha Christie que mi madre me compraba en el quiosco del puerto, junto a las revistas de coches y los cromos de fútbol. Tumbado en la toalla, resolvía los misterios mucho antes de que a Poirot se le activaran las células grises; y las olas, blancas e insistentes, me aplaudían cuando mi asesino era, realmente, el asesino. Otras veces, el delito se perfilaba en la viñeta de un dominical, y un somero examen a la puesta en escena (ese cuadro ladeado, el vaho en un espejo) me bastaba para señalar con el dedo acusador a Mr. Brown o Miss Spring. Al atardecer, mis padres salían a pasear, y yo me quedaba en el apartamento con los "largabestias" (así llamaba mi padre a los prismáticos). Siempre me pudo la pereza y, aunque llevara la mochila cargada de libros de repaso, nunca fui capaz de pasar de la primera página.

Mataron a mi padre cuando yo era todavía un niño, y no viví ese distanciamiento que se produce en la adolescencia y reniega de las enseñanzas.

De las buenas y de las malas. Heredé, sin que mermara ese patrimonio sagrado, sus gustos, sus pasatiempos y temores. Y lo que ambos preferíamos, por encima de todas las cosas, aun de fisgar a los vecinos, era bajar a la estación después de la cena, para ver pasar los trenes. Mi padre prefería las máquinas más modernas y mundanas, mientras que a mí me perdían los mercancías. Él miraba al futuro y yo al pasado y, cuando atracaba el pasado, mi padre lo examinaba con cierto desdén, como si no fuera digno de esa estación que acababan de restaurar o de su valioso tiempo. En cambio, cuando era uno de pasajeros, con las últimas novedades y paramentos en el morro, sonreía satisfecho.

Ahora no podría decir por qué me gustaban más los mercancías, como me sucede con tantas cosas que he olvidado: en qué momento dejaron de interesarme los coches o cuándo me di cuenta de que las personas, todas, envejecen y se van, o se van sin envejecer siquiera.

Podíamos pasar cada día dos o tres horas en la estación, tranquilamente. No se nos hacía pesado. Mi madre se quedaba leyendo en la cama o se acostaba, porque en la playa le bajaba la tensión y le entraba el sueño en cualquier oportunidad. Apenas hablábamos, mi padre y yo: la maravilla de la noche, la forma de las nubes, montadas en el aire, y la lejanía de las estrellas ocupaban todos nuestros pensamientos. Deseábamos que llegara un tren para que esa felicidad que fluía por dentro, fruto de una soledad infinita, perfecta, gritara al fin. Mi padre quemaba un cigarrillo tras otro y nuestros cuerpos se rendían al silencio, mecidos por la brisa del mar. A nuestra espalda, tras la estación, estaba el bloque en que vivía mi "novia"; y, más allá, el de nuestro apartamento, como una isla que se enfría para volver a inflamarse con el sol de la mañana.

Una tarde del mes de agosto, en el piso misterioso ocurrió algo. Su fantasmal ocupante -¿o eran varios?- lo alquiló a una pareja que se instaló haciendo mucha bulla. Mis padres no estaban en ese momento, y yo asumí la responsabilidad de informarles de cuanto viera con los prismáticos. Sabía que mi padre me lo agradecería. Me puse, pues, a trabajar en tan importante misión, desatendiendo a mi "novia", que se pintaba las uñas de los pies y hojeaba indiferente una revista de cine. El deber era el deber.

El nuevo inquilino era un hombre de unos cuarenta años, y la chica rondaba los veinte. Mientras ella deshacía el equipaje, él salía a la terraza, desnudo el torso, y bebiendo una botella de alcohol que no pude identificar. Se rascaba el pecho como un orangután y sus gestos eran excesivos y como en escorzo. Hablaba a voz en grito y reía igual que un pirata. Por la noche, cuando la chica salió de casa, el bárbaro le llamó de todo y, hecho un basilisco, le arrojó desde la terraza un plato que se hizo trizas contra el suelo y sacó al vecindario, con la excepción de los abuelos del tercero, a los balcones. "Vamos a tener un final de verano movidito", dijo mi padre. "Bueno, lo que hagan esos dos a nosotros nos trae sin cuidado", terció mi madre.

Yo tenía un miedo antiguo, el mismo que paralizaba a veces a mi padre, a todo lo que se saliera de sus cauces habituales. Amaba la simetría de los caminos de hierro, el orden mágico de las intersecciones y la escrupulosa seguridad de los factores. Me gustaba mi horóscopo porque definía a los de mi signo como personas en busca de la armonía; y aún recuerdo una frase que decía de nosotros, los libra: "Si se encuentran en una habitación con la música a todo trapo, serán los primeros en bajarla". Me turbaba aquel salvaje porque nos sacaba de la cotidianidad; y, para conjurarlo, lo convertí en un personaje más de

las novelas de Agatha Christie. Cualquiera que respondiera a su perfil era el asesino y, aunque ese prejuicio me impidiera ya coincidir con el criterio de Poirot, vivía las historias con mayor emoción y sin despegar los ojos del papel.

Un día que bajamos a la playa, nos detuvimos a saludar al portero, un andaluz guasón que barría el aparcamiento y los pasillos con una hoja de palmera. Mi padre, como no podía ser de otra manera, le preguntó por el bruto. El portero no necesitaba prismáticos para estar al tanto de los movimientos de cualquier vecino de la manzana. Yo estaba convencido de que disponía de un aparato de sátrapas a su servicio, que puntualmente le remitía informes sobre cada uno de nosotros. De hecho, no había día en que espiara a mi "novia" en que no temiera el acecho del portero o de sus secuaces. Paquito conocía el percal. Sin citar sus fuentes, nos relató la biografía del personaje, que había pasado quince años a la sombra por el asesinato de su primera mujer. "La tía con la que vive ahora es su novia, otro tesoro", dijo.

No era agradable saber que a menos de doscientos metros vivía un individuo de esa calaña. Las agarradas con su novia fueron subiendo de tono; y, en cierta ocasión, un vecino llamó a la Policía, pero los agentes se limitaron a pedir calma al sujeto, ya que la chica, con un ojo morado, se atribuyó toda la culpa y el escándalo.

Al final, a todo se acostumbra uno: al ruido de la televisión de los viejos del tercero, a las peleas de los del cuarto e incluso al amor vigilante por mi chica rubia y pálida, que se pintaba las uñas de los pies y jugaba siempre. Tras el sobresalto inicial, no nos quedó más remedio que incorporar a la pareja de psicópatas a ese catálogo de *souvenirs* que editamos todos los veranos, junto a

la canción que más ponen en la radio o a las sandalias que causan furor entre los turistas.

Cuando solo quedaba una semana para despedir el mes de agosto, volvió esa sensación tan familiar de la inminencia, que suele llegar precedida por las lluvias. En el bloque de enfrente, empezaron a caer los primeros telones: las hamacas que se recogían por la noche anunciaban la salida de una familia a la mañana siguiente y ya los toldos se protegían con plásticos. Septiembre era el nuevo curso y los nuevos compañeros de clase, pero era, también, esa inseguridad incommunicable que pinta el ánimo de gris.

La soledad dejó de ser perfecta en la estación. Sucedió que los trenes iban cargados de un futuro torrencial, que rompería la monotonía del verano por esa otra, malsana y lluviosa, de la capital. Y, sin embargo, sí, ojalá pudiera volver atrás, saltando solo aquel veintisiete de agosto, para revivir la angustia que experimentaba cuando regresaban los anuncios de material escolar y la tele informaba de las primeras caravanas.

¿Y el amor? El amor me hizo mentir una noche, cuando dije a mi padre que bajaría al parque a despedirme de Mikel, un chaval con el que había jugado a la pelota vasca algunos días. Mi madre se dio cuenta: era la testigo de mi vida, la que siempre saldría en mi defensa porque presenciaba todos mis actos y conocía la voluntad que los movía; recuerdo ese gesto tan gracioso que hacía cuando trataba de disimular una sonrisa.

Estaba asomado al balcón cuando vi a mi "novia", sola, esperando tal vez a alguna amiga, o, por qué no, a mí; puede que quisiera recompensarme por tantas

atenciones. Entonces no lo sabía, pero las mujeres son francas y generosas y compasivas, y su tenaz complejo de culpabilidad les lleva a perdonar siempre. Ignoraba lo que iba a decirle, aunque intuía, para mi vergüenza, que no abriría la boca, o que, a lo sumo, le preguntaría por la hora, para caer súbitamente en la cuenta de que se me había olvidado quitarme el reloj.

Pero antes de verla, sostenida la espalda contra un árbol, la oí llorar. En mis tardes de celo, le había puesto el nombre de Paula, pero esa noche averigüé que se llamaba Nuria. Tenía trece años, y su cuerpo era menudo y yo quería acariciarlo. Yo quería salvarla de morir ahogada y de caer por un abismo. Yo quería dejarle mis apuntes y mostrarle los rincones más inaccesibles en el juego del escondite. No quería que sufriera ni llorara y quería besarla en los labios o en la cara, si es que en los labios no me dejaba. Le dije: "Hola", y ella se limpió las lágrimas y se sonó los mocos. Respondió a mi saludo con una vocecilla: "Hola"; y, cuando me di la vuelta, falto de retórica y labia, se acercó corriendo a mí, me dio la mano y me pidió, por favor, que me quedara.

El amor me hizo mentir aquella noche, y me llenó de verdad para el resto de mis días.

Descubrí que la vida, vista a través de unos prismáticos, aun de aquellos que me regaló mi padre -unos *Super Zenith* de alta calidad- puede ser engañosa. Acercan tan solo las formas, pero sus lentes, ¿qué saben del alma? Hacen que lo lejano parezca próximo, situando sobre una misma línea dos espacios diferentes, mas no intervienen en la variable del tiempo. Su rueda no hace milagros. Las ilusiones ópticas son eso, meras ilusiones, mientras que las palabras de Nuria, sus susurros entrecortados, eran una vida nueva, capaz de transformarme en

otro hombre.

Yo había conocido tan solo su verano de tardes en blanco y rojo de pintauñas, había compartido sus sueños de estrella de cine, había pasado con ella cinco semanas en globo, acostumbrándome a sus magnánimas camisetas que descendían hasta las rodillas, como una catarata de espuma. Pero lo que entonces me contó no tenía nada que ver con esa ilusión.

Nunca me había fijado en sus padres, como si viéramos solo aquello que elegimos ver. "Mi madre murió en junio. Tenía cáncer de útero. No teníamos que haber venido aquí, pero mi padre no quería que me quedara sin vacaciones, ha sido un año duro para todos, mi abuela, la madre de mi padre, murió en febrero".

Se le fue en los brazos, su madre. Era el primer verano que pasaba sin ella. La familia estaba rota. En el funeral, saludó a mucha gente a la que no conocía, no recordaba las palabras del cura, solo que hablaba de vida más que de muerte. Ya en los primeros días, su padre comprendió que no seguiría adelante; no tenía fuerzas para ello. Bajaba al bar todas las noches, llegaba tarde al trabajo por la mañana. Se lo fueron pasando, pero llegó la primera advertencia y luego la segunda. Al final, le obligaron a pactar su salida, más o menos favorable para sus intereses. Tenía la esperanza de que el clima y el descanso cicatrizarían el vacío por el que se colaba su vida, pero, en la playa, siguió caminando por el filo de un acantilado. No se confió a su hija, no le pidió ayuda; ella era solo una niña, y él, un caracol indefenso sobre una cuchilla. Prefería no verlo. Durante aquellas semanas, se bebió una botella de ginebra al día, a palo seco. Nunca salía de casa; por las mañanas, apenas si podía ponerse en pie, faltar de oxígeno. Intentaba vomitar para lavarse por dentro, pero el alcohol se había

adherido a su cuerpo como el liquen a la piedra, y siempre tenía sed.

En aquel piso, que yo había creído de claridades, habitaba la sombra y ese olor a podredumbre que contiene toda catástrofe. Ella esperaba en la terraza, sin saber muy bien a qué. Cuando le llamaban sus amigas, decía que no podía salir. Leía la misma revista de cine una y otra vez, y guardaba cada noche el reloj en la mesilla, porque sus manecillas hacían un ruido de mil demonios, como si la muerte tecleara una novela sin fin junto a su cama. "Se está volviendo loco, y algún día hará una tontería".

Todo eso me contó Nuria. Y más cosas que he olvidado.

Le costaba dejarme ir: no quería volver a casa y encontrarse a su padre tirado en el cuarto de baño, tratando de vomitar y llorando. La comprendía, pero me fui. Cuando llegué, mi madre estaba levantada, bebiendo un vaso de leche en la cocina, con los ojos desangelados por mi tardanza. "Ve a dormir, hijo. ¿Te lo has pasado bien?".

No. Sí. No lo sabía. Por primera vez, una chica me había hablado como a un adulto. Me sentía importante, distinguido por su confianza. Al final, me había dado un beso en los labios, era el primero para los dos. No nos lo dijimos, pero ambos lo sabíamos. A pesar de todo, no me lo había pasado bien, ¿cómo podría? Porque descubrí, sin poderlo expresar entonces con palabras, que solo somos fuertes cuando soñamos, que, al despertar, la corriente del río nos arrastra, que no tenemos alas para salvar a nuestra chica de un abismo. Podemos caer con ella a ese abismo o podemos ahogarnos atados a una misma piedra. Eso era el amor, esa solidaridad en el desastre.

A la noche siguiente, bajé con mi padre a la estación para despedirnos de los trenes hasta el próximo verano. En aquel tiempo, no cuestionábamos el futuro: era un regalo que se nos servía en una bandeja de estaciones, trimestres y exámenes finales.

Ni siquiera pude sostenerle cuando se vino abajo, como un saco de almendras, cuando lo mataron. No sabía lo que estaba ocurriendo. No podía creer que le hubieran disparado desde el bloque de apartamentos. ¿Quién lo había hecho, por qué?

Yo miraba hacia todos los lados, sin ver nada más que sombras indiferentes y luces inofensivas, esperando que otra bala me matara a mí. He ahí mi instinto de supervivencia, anulado por el miedo más atroz que he sentido nunca. Me arrodillé junto a él, lloré sobre su cuerpo y le besé la cabeza, hasta que apareció el jefe de estación, corriendo. Él me sacó de ese imprevisto paredón, escrupuloso, profesional, geométrico, igual que las vías que a nuestra derecha se perdían en la distancia, hacia un destino hecho de azar y sufrimiento.